



Cuatro décadas de soledad

Dirección: Diego Chinchu

Elenco: Pablo Cardozo, Nahir Eve, Emiliano Ferreira, Vanessa Garofalo, María Lambrechts, Chachi Martín, Milena Nirvana, Juanma Pulti Casciotta, Yuri Sicobche y Lucía Tunoni

Duración: 80 minutos

PALABRAS CLAVE: TEATRO INMERSIVO– SOLEDAD–VÍNCULOS
KEYWORDS: IMMERSIVE THEATRE – LONELINESS – RELATIONSHIPS

Cuatro décadas de soledad: la imposibilidad del vínculo

Sabina Cian¹

Cuatro décadas de soledad se presenta en Espacio Galilea, dirigida por Diego Chinchu, con actuación de Pablo Cardozo, Nahir Eve, Emiliano Ferreira, Vanessa Garofalo, María Lambrechts, Chachi Martín, Milena Nirvana, Juanma Pulti Casciotta, Yuri Sicobche y Lucía Tunoni. La obra invita al espectador a recorrer una casa que guarda los rastros de múltiples vidas. Construye un territorio donde la soledad no se representa, sino que se encarna. Se despliega como una memoria habitable: una sustancia que impregna los cuerpos, los objetos y las palabras; los espacios contienen las huellas del tiempo, el eco de lo que se repite y lo que se pierde. La soledad no es ausencia sino forma de estar. A lo largo de las escenas se presenta un repertorio de vínculos fallidos donde el deseo de amar y el miedo a la pérdida conviven en tensión.

La obra propone un recorrido por distintas etapas del amor y la pérdida a través de la figura de Cupido, que atraviesa el tiempo y se instala como mediador entre lo humano y lo divino, y entre el deseo y su imposibilidad. Construye una soledad que no se contempla desde la quietud, sino desde la repetición. Los personajes –esa actriz que se confiesa, esa mujer que llama a un teléfono

¹ Estudiante de segundo año de la Tecnicatura en Actuación de la Escuela Municipal de Arte Dramático Angelina Pagano, Mar del Plata. Mail de contacto: ciansab613@gmail.com

desconectado, esa chica que busca compañía, esa pareja que pelea por el mínimo motivo–, encarnan distintas formas de un mismo agotamiento: el de amar para no quedarse solo. La soledad se vuelve, así, impulso y condena, motor que sostiene la acción pero también la devora.

El texto se compone de voces que insisten: los monólogos telefónicos, las discusiones de pareja, las interrupciones entre ficción y realidad. Al final, la actriz que termina hablándole al público, mezcla escena y vida, y marca un tono confesional que se acerca al colapso. La obra se sostiene en esa frontera entre el humor y la desesperación, donde el lenguaje se desgasta intentando nombrar el vacío.

La estructura fragmentada, los saltos temporales entre décadas de historia y el uso de Cupido como guía o testigo del recorrido, dan cuenta de una pieza que entiende la soledad como experiencia colectiva: una constante que atraviesa las décadas sin resolverse. La soledad se repite, se hereda, se transforma, pero nunca desaparece.

La propuesta inmersiva coloca al espectador en el interior de la soledad. No mira desde afuera: circula por la casa, escucha las confesiones, siente el desgaste de las voces. En ese recorrido, la soledad deja de pertenecer a los personajes y se vuelve experiencia compartida. El público también queda atrapado en la repetición, en las historias que parecen no avanzar, en el deseo que no encuentra destinatario. Esta implicación transforma la percepción: se comprende que la soledad no es un conflicto individual sino una condición.



Fotografía Gentileza del elenco.

En cada década, Cupido observa o interviene, pero su poder se diluye. Las palabras se vuelven intentos torpes de conexión que terminan en silencio. El mito se vacía, igual que los personajes. Esa desmitificación del amor deja expuesta la soledad como su reverso: cuanto más se busca el otro, más se revela la distancia.

Cupido encarna, entonces, la paradoja del deseo: es quien impulsa a amar, pero también quien condena la soledad. La obra lo utiliza como metáfora del impulso vital que nunca cesa, aunque esté destinado al fracaso. Su figura atraviesa los tiempos, de los años setenta a la actualidad, recordando que la necesidad de amar es tan persistente como la imposibilidad de hacerlo sin dolor.

En varios momentos, se insinúa que la frontera entre seguir buscando amor y perder la razón es mínima. La repetición de gestos, la insistencia en llamar a teléfonos desconectados, el diálogo con ausencias, la necesidad de ser visto por el otro, bordean un estado de delirio tenue. La soledad, en este sentido, no sólo desgasta: también enciende una especie de fiebre. Un estado mental donde el amor se vuelve obsesión

y el aislamiento se transforma en ritual.

No buscan respuestas: se exponen en escena, se hacen cuerpo, voz, error. La obra demuestra que la soledad puede ser un espacio de reflexión o una trampa que se retroalimenta. El deseo de amar se confunde con la necesidad de existir para otro, y esa dependencia deja a los personajes girando sobre su propio eje, repitiendo la búsqueda, nombrando el mismo vacío con distintas palabras.

En su construcción dramatúrgica, *Cuatro décadas de soledad* convierte el amor en escenario de la soledad contemporánea: un intento constante de afirmarse a través del otro, un ciclo donde la búsqueda de conexión se transforma en espejo del aislamiento. No se pregunta si el amor salva, sino qué queda cuando ya no lo hace. Cupido se vuelve una figura del agotamiento, una sombra que sigue cumpliendo su función, aunque el mundo haya dejado de creer en ella. La soledad, entonces, no es la ausencia del otro, sino la imposibilidad de sostener el vínculo sin perderse en él.



Fotografía Gentileza del elenco.